

L'ORDE DU MONDE

El orden del mundo

“Ma troisième maxime était de tâcher toujours plutôt à me vaincre que la fortune et à changer mes désirs que l'ordre du monde”.

Descartes, *Discours de la méthode*. Troisième partie, 1637.

Descartes aconseja sabiamente que es mejor vencerse a sí mismo que la fortuna, y cambiar nuestros deseos mejor que cambiar el orden del mundo. Pero ahora hay demasiados arquitectos que anteponen sus deseos al orden del mundo, y lo desordenan con su arquitectura caprichosa. Y que prefieren la fama y la fortuna antes que vencerse a ellos mismos. En definitiva Descartes defiende la razón como instrumento para la vida. Y, ¿cómo podría no estar de acuerdo con Descartes si siempre defiende que la razón es el primer y principal instrumento de un arquitecto?

La labor del arquitecto es ordenar el mundo. Organizar físicamente el mundo, organizar el territorio, organizar la ciudad, organizar cada edificio, organizar las habitaciones, organizar los servicios. Organizar es ordenar, y ordenar el espacio, establecer el orden del espacio, es labor propia del arquitecto: ordenar el mundo, ordenar el territorio, ordenar la ciudad, ordenar cada edificio, ordenar las habitaciones, ordenar los servicios.

¿Qué sino organizar, ordenar el mundo entero, es lo que quiso hacer Palladio a través de la Villa Rotonda? Aquella casa que más que casa era templo, y más que templo, en lo que el arquitecto pensaba era en trazar con ella el centro del mundo.

Cuando Palladio proyecta la Villa Capra, Villa Rotonda, en 1566 sobre una colina a las afueras de Vicenza, quiere levantar allí algo más, mucho más que solo una villa. Levanta una villa donde hacer visibles los ejes que la atraviesan y la articulan. Y con esos ejes que llegan hasta el infinito pretende ordenar el mundo entero. Y lo consigue. Los dos ejes cardinales hacen que esa Villa se constituya en el centro del mundo. Palladio ordena el mundo.

¿Qué sino organizar, ordenar el mundo que emergía, era lo que quería hacer Miguel Ángel cuando en el Campidoglio, en el mismísimo centro de la Roma imperial y papal, hizo que emergiera el mundo, la esfera de la tierra, para no tanto solo contemplarlo sino tocarlo con sus manos?

Cuando Miguel Ángel proyecta este espacio inefable, hace mucho más que solo una plaza. Los dos palacios convergentes y la posición de los dióscoros, además de ser un ejercicio ejemplar de perspectiva, no son más que una excusa para hacer que el mundo emergiera allí, precisamente allí. Y vive Dios que lo consigue. Miguel Ángel ordena el mundo en aquel *umbiculus orbis*.

¿Qué sino ordenar Manhattan, París o Barcelona o Madrid hicieron sus arquitectos?

Cuando G. Morris y J. Rutherford y S. de Witt ordenan Manhattan ni imaginan que ese orden impuesto allí en 1811 iba a seguir siendo válido, y más que válido, dos siglos después. El perfecto trazado hipodámico de sus avenidas de 150 metros de anchura y de sus calles de 60 metros, sigue actualmente teniendo una eficacia aplastante. Cuando uno pasea por Nueva York comprueba que son unas medidas bien justas. Uno se siente en aquellas avenidas como en casa. Sus dimensiones son justas, ni muy grandes ni muy pequeñas.

Cuando en 1865 el Barón de Haussmann decreta el trazado nuevo de París, a pesar de todos los que se oponían a ello, sabe que está imponiendo un orden que va a convertir a París en la capital del mundo. Muy claro. Y con el mismo espíritu, Cerdá en Barcelona y Castro en Madrid. Y Bogotá y Lima y Buenos Aires. Y tantas otras ciudades del mundo. Algo tan lógico como establecer el orden del espacio, la clara labor del arquitecto. Del arquitecto que sabe que la razón es su primer y principal instrumento de trabajo.

¿Qué sino organizar, ordenar la naturaleza es lo que hace el hombre cuando planta por millares los olivos y las viñas sobre una trama "trazada a cordel"? ¿No es eso un establecer allí un orden claro? ¿Es que eso no es ir a favor de la naturaleza? Algunos, los hay, claman por la libertad, o la falta de libertad de los olivos y las viñas para decidir su

posición en la naturaleza. Volveríamos de la mano de Rousseau a la vieja discusión del buen salvaje.

Y en esa organización del mundo y de la naturaleza, el hombre emplea, debe emplearla, la razón como principal instrumento. Y más los arquitectos. Porque la razón es el principal instrumento del arquitecto, del hombre creador. Cervantes en el corto pero maravilloso prólogo de D. Quijote escribe: *“Quisiera que este libro, como hijo del entendimiento fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse”*. Declara a las claras que la razón es el principal instrumento de todo creador. Porque también la creación literaria es resultado de la razón, del entendimiento.

¿Qué sino ordenar el mundo es lo que yo intento con todos y con cada uno de mis proyectos? Tengo sobre la mesa un proyecto para una torre blanca en Dubai, y todo lo que he hecho es ordenar. Ordenar, ordenar, ordenar. No he hecho más que, de la mano de la razón, ordenar. La nueva blanca torre ordena el territorio del que se convierte en la principal referencia.

Ordenar que es organizar. He debido organizar con mi edificio el territorio: una vez aplicada escrupulosamente toda la normativa legal en relación con el resto de las torres que la rodean, mi torre ordena allí el espacio. La primera operación ha sido la de ordenar con la nueva pieza las piezas más cercanas.

Poner en orden con mi torre a todas las otras torres circundantes. Luego he debido ordenar en vertical las funciones y dimensiones y carácter de lo que quería incluir en cada planta en mi torre. Luego en cada planta he debido ordenar los programas pedidos de apartamentos de 1, 2 y 3 dormitorios. Luego en cada apartamento he debido ordenar todas y cada una de las piezas, cuartos de baño incluidos. Y luego en cada cuarto de baño he debido ordenar cada elemento, puerta incluida. En definitiva, ordenar, ordenar, ordenar.

Y la fachada, que es de vidrio blanco traslúcido, no es más que otro ejercicio de orden riguroso. De ordenar una fachada. Ordenar, ordenar, ordenar.

Mi intento es ordenar el espacio a través del establecimiento de los ejes cardinales, como si de los hilos de una tela de araña se tratara. Eso es lo que yo quiero conseguir ahora con mi blanca torre de Dubai. Porque no hay en el mundo ninguna torre tan cuadrada, ni tan tersa, ni tan blanca. Cuadrada que marcando los ejes cardinales intente ser el centro del mundo. Tersa con la mínima envolvente. Blanca con la blancura de un alminar árabe.

Tomándole las palabras prestadas al poeta querría conjugar aquí la belleza y el vértigo para levantar esta torre blanca blanquísima, alta altísima, como si del alminar de una gran mezquita se tratara. Intentando poner en pie la torre más hermosa del mundo. Sabiendo que la belleza pertenece al mundo del orden, o mejor todavía, al orden del sueño atemperado por la razón. Porque ordenar en definitiva es poner en silencio, en calma, lo ordenado. Que es lo que yo pretendo con mi arquitectura: el silencio, la calma, el orden. La serenidad, la música callada, el orden que creo debería darnos siempre, bajo cualquier forma, la arquitectura.

Porque como muy bien continua Descartes en su Discurso del Método: *“Qu’il n’y a rien qui soit entièrement en notre pouvoir, que nos pensées, en sorte qu’après que nous avons fait notre mieux, touchant les choses qui nous sont extérieures, tout ce qui manque de nous réussir est, au regard de nous, absolument impossible. Et ceci seul me semblait suffisant pour m’empêcher de rien désirer à l’avenir que je n’acquisse, et ainsi pour me rendre content.”*

Y San Agustín tras decir con Platón que la belleza es el esplendor de la verdad, *splendor veris*, puntualiza y nos dice que la belleza es el esplendor del orden, *splendor ordinis*.

O como de manera más sencilla proclamaba Le Corbusier: “Espacio, luz y orden. Ésas son las cosas que los hombres necesitan apenas tanto como necesitan el pan o un lugar para dormir”